

otras, debe ser también homogéneo y unitario; y como esa unidad y esa armonía no pueden existir sin un centro común desde donde *se irradie* la actividad social á toda la circunferencia, ninguna sociedad puede concebirse sin él; la yuxtaposición de los individuos nunca podría producir un todo armónico que viviera con una vida propia, y no viviendo con una vida propia la sociedad no sería un ser, sería un nombre, un agregado. Los Gobiernos son esos centros de actividad social; y siéndolo, son tan necesarios como las sociedades mismas.

Ahora bien: el Gobierno así considerado no es otra cosa que la acción social; pero si el Gobierno es el representante de la sociedad como depositario de su acción, no absorbe, sin embargo, en su seno la personalidad de los individuos que, gozando de una vida propia, se mueven independientes de su esfera. Los individuos como el Gobierno obran, y obran como seres inteligentes y libres. Hay, pues, dos acciones que coexisten: la acción del Gobierno y la acción del hombre; la acción social y la acción del individuo; la acción privada y la acción pública. Veamos su desarrollo.

La acción del Gobierno se llama ley; la ley sobre la generalidad de los ciudadanos, sobre sus relaciones permanentes, su acción, acaba en donde acaban los derechos y los deberes sociales; manda en la plaza pública, dirige la acción del ciudadano, pero respeta la conciencia del hombre. Las acciones de los individuos no tienen un nombre especial consideradas en sí mismas; la sociedad las ignora, y no ha podido nombrarlas en sus fuentes bautismales; no se realizan en la plaza pública, pero se refugian en los hogares domésticos. Ahora bien: entre los hogares domésticos y el *forum*, hay la misma distancia que entre el ciudadano y el hombre; y de la misma manera que el hombre influye en el ciudadano, los hogares influyen en el *forum*; y de la misma manera que los hogares influyen en el *forum* y el hombre en el ciudadano, influyen las ideas y las costumbres en las leyes.

¿Qué resulta de aquí? Que cuando entre el ciudadano y el

hombre, entre las leyes y las costumbres, entre el hogar y el *forum*, entre la acción pública y las acciones individuales hay correspondencia y acuerdo, hay también en las sociedades humanas prosperidad y armonía.

Pero ese acuerdo absoluto, esa correspondencia armónica es imposible, señores, y la divergencia y el combate entre las costumbres y las leyes es la ley de la humanidad, el espectáculo de los siglos y el alimento de la Historia.

Este fenómeno explica todos los males que aquejan á la sociedad y da razón de todas las revoluciones. Con efecto: cuando una sociedad padece, el origen de su padecimiento se ha de encontrar forzosamente, ó en la acción de los individuos, ó en la acción del Gobierno ó en las acciones simultáneas del Gobierno y de los individuos; examinemos estas tres enfermedades sociales, que son las únicas posibles, y examinándolas obraremos como filósofos; de lo contrario, obraríamos como empíricos.

Sucede con frecuencia que, siendo las leyes benéficas y tutelares, son las costumbres viciosas y corrompidas; y como es ley del mundo moral que sobre los pueblos corrompidos desciendan siempre espantosos infortunios, la sociedad á quien la corrupción envenena se siente desfallecida y convulsa; pero como la corrupción que discurre por sus venas y que emponzoña sus vísceras no ha sido la obra de un período apreciable de tiempo, sino la obra lenta de los años y muchas veces de los siglos; y como, por otra parte, no obra como un incendio que abrasa, sino como un fuego *latente* que consume, es muy difícil que puedan caracterizar el mal y descubrir su origen los que no hayan meditado profundamente sobre el organismo interior de las sociedades humanas. Y, sin embargo, llegado el mal á su más alto grado de incremento, la sociedad se levanta como un espectro aterrador, y pide el bálsamo que cura ó la sangre que enloquece: su salvación ó sus víctimas.

Los puritanos políticos se visten entonces de gala porque ha llegado su hora; prestadles un oído benévolo y atento. Ellos

os dirán que todo lo que sucede era forzoso que sucediera, porque, siendo viciosa la forma del gobierno, una revolución política era urgente y necesaria; la sociedad que, como el hombre, desea siempre lo que la dicen que la conviene y cree siempre lo que desea, se entrega á merced de los empíricos, que, escalando la cima del poder, miran desde su altura cómo la nave naufraga.

Ni podía ser de otra manera, señores; toda revolución política, en el primer momento de su aparición, debilita el poder, y un poder fuerte era la única esperanza de salud para esa sociedad estremecida. Cuando las costumbres son la causa del desarrollo de las revoluciones, sólo puede terminarlas el Gobierno por medio de la dictadura; porque sólo siendo dictador puede meter en su cauce el torrente de las costumbres desbordadas, puede imprimir una nueva dirección á las ideas; y asentando el estandarte de las leyes hasta en el hogar de la familia<sup>1</sup>, puede extirpar el cáncer que á la sociedad devora. Es preciso no confundir jamás las revoluciones políticas con las revoluciones sociales: las primeras no pueden servir de remedio á las segundas: cuando las costumbres se vician, sólo las leyes las corrigen<sup>2</sup>; no toquéis á sus depositarios: su desaparición es la muerte.

Cuando las costumbres son puras y las leyes son viciosas; cuando el origen del mal que la sociedad lleva en su seno no existe en los hogares y sólo se encuentra en el *forum*; cuando el movimiento febril que á la sociedad agita no parte de la circunferencia para penetrar en el centro, sino que parte del centro y se irradia por la circunferencia; cuando la sociedad, en fin, rica, adelantada y poderosa es regida por instituciones decrepitas que no pueden satisfacer sus necesidades actuales; cuando esas instituciones inmóviles obran sobre ella del mismo modo que el día primero en que tuvieron su origen, aunque su

<sup>1</sup> No: la familia es anterior á la sociedad civil; tiene vida propia, que el Estado no puede ni debe regular invadiendo el hogar doméstico.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

<sup>2</sup> Pero ¿qué valen las leyes sin las costumbres? *Quid leges sine moribus vanae proficium?*—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

origen se pierda en la noche de los siglos, entonces llega el día y suena la hora en que la sociedad se levanta, pide sus títulos al poder y quiere medir su inteligencia; y como sus títulos están escritos por otras generaciones, y como su inteligencia se ha refugiado en su memoria, la sociedad se erige en tribunal y le dice:—*Fueron valederos tus títulos cuando los abonó tu inteligencia, cuando tu inteligencia y la mía marcharon unidas; pero hubo un tiempo en que te cunaste de seguirme, y buscaste sueño y descanso en medio de la carrera; cuando despertaste te hallaste sin mí, y en vez de precipitar tu marcha para seguirme, aunque de lejos me siguieras, volviste tu cara hacia el Oriente, de donde ambos veníamos, y diste la espalda al Occidente, adonde yo me dirigía; tú seguiste á las edades pasadas obedeciendo al reclamo de tus antiguos amores: yo gravité hacia las edades futuras para tenderlas la mano, para cumplir mi misión, para llenar mi destino. Yo reino en el porvenir, tú reinas en lo pasado: nuestros vínculos están disueltos: la eternidad nos separa.*

Cuando la sociedad formula esta terrible sentencia, el poder decrepito sucumbe; y si un poder inteligente le sucede, y ese poder inteligente en el momento de su ascensión declara que la borrasca ha pasado; si, haciéndose el centro de las fuerzas vitales de la sociedad, procede sin treguas y sin descanso á su reorganización; si distribuye las recompensas y el castigo en nombre de la justicia, esa palabra mágica, que es la primera necesidad de los pueblos y que es la única que puede serenar las tempestades, cerrando la cima de las revoluciones, entonces, señores, ese poder inteligente y fuerte es un poder legítimo; la reforma política en donde tiene su origen, es al mismo tiempo legítima, benéfica y necesaria. Ella es un don del cielo y un bálsamo para la tierra<sup>1</sup>.

En fin, cuando la sociedad está gobernada por leyes vicio-

<sup>1</sup> Variaciones sobre el mismo tema que ya hemos corregido, y á que en adelante no opondremos correctivo alguno cuando reaparezcan en otros escritos de Donoso, valgan las notas anteriores, y hasta el buen criterio de los lectores verdaderamente ilustrados y harto desengañados.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

sas y por instituciones de crápulas; cuando el hombre es depravado y el ciudadano corrompido; cuando el primero sacude el yugo de la moral y el segundo el yugo de la ley; cuando el poder se compra y el súbdito se vende; cuando la corrupción reina en el *forum* y penetra en los hogares; cuando una misma gangrena consume el Estado y devora la familia, la sociedad está herida de muerte: su salvación es imposible. El poder no puede salvarla, porque es corrompido y corruptor; la sociedad no puede salvarse, porque es corruptora y corrompida, y fuera del poder y de la sociedad no hay nada <sup>1</sup>.

Entonces la Providencia borra á ese pueblo del libro de la vida: borra á esa sociedad del libro de las sociedades; un pueblo conquistador la sirve de instrumento: el dedo de Dios le guía; la destrucción le precede, y la victoria extiende sobre él sus alas. Entonces la sociedad que vence, hace expiar sus crímenes á la sociedad que sucumbe con un bautismo de sangre; cuando su expiación se ha consumado, sale del seno de sus escombros magnífica y resplandeciente, como renace de sus cenizas el fénix.

Tales son, señores, las tres únicas enfermedades posibles para todos los pueblos y para todas las sociedades; la dictadura, la reforma y la conquista son los tres únicos remedios que pueden salvarlas de esos inmóviles abismos <sup>2</sup>. Las reformas políticas pueden ser un remedio, pero no son jamás una sublime panacea; las reformas políticas no son un remedio siempre, pero no siempre son estériles y vanas.

Y ved aquí, señores, una nueva prueba de que el dominio del mundo pertenece á los más inteligentes. Con efecto: si toda cuestión política y social es siempre una cuestión compleja; si no puede procederse á su resolución sino por medio de lentas observaciones; si esa resolución ha de ser el resultado de un minucioso análisis de todos los elementos que la forman y la

<sup>1</sup> Pero sobre el poder y la sociedad está Aquel que *fecit populos sanabiles*.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

<sup>2</sup> Pero que ordinariamente no remedian males.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

constituyen, para que sea digna de los que mandan y beneficiosa para los que obedecen; si es forzoso distinguir cuidadosamente, cuando se procede á este examen, la parte que tiene la sociedad en los males que la agobian, y la parte que tiene el Gobierno en la parálisis que la mata ó en las convulsiones que la agitan; si es preciso, en fin, antes de hacer una reforma averiguar: primero, si una reforma es necesaria; segundo, si debe realizarse en las costumbres ó verificarse en las leyes; tercero, si debe dar por su resultado, para que satisfaga la necesidad sentida un aumento de fuerza en el súbdito y una disminución de fuerza en el poder, ó un aumento de fuerza en el poder y una disminución de fuerza en el súbdito; si todo esto es necesario, repito, para resolver cumplidamente todas las cuestiones políticas y sociales, ¿podrán llenar su misión, podrán cumplir su destino, y llenándola y cumpliéndolo podrán regir la sociedad y reorganizar el Estado los que no tienen la inteligencia de la sociedad, ni la inteligencia de su misión, ni la inteligencia de su destino, porque no tienen la inteligencia de lo pasado; ni la inteligencia de lo presente, ni la inteligencia del porvenir, ni la inteligencia de la Historia? Señores: la exaltación al poder de esos hombres imbeciles es á mis ojos la mayor afrenta de la humanidad, el más terrible azote para los pueblos y el mayor de todos los escándalos sociales. Volvamos, para concluir, á la cuestión que ventilamos ahora.

No: diré yo á los escépticos políticos. El cetro de la humanidad no ha sido confiado por la Providencia á un genio malféfico, ni á un Dios inflexible: la sociedad no está condenada al caos. Si las revoluciones la agitan, si la fiebre la devora, si la corrupción la consume, si los crímenes la manchan, es porque su destino es el combate como condición de la victoria. Vosotros sois los que, inoculando el escepticismo en sus venas y alejándola del campo del combate, secáis las palmas que crecen para su bien, amontonáis en su horizonte las tormentas, la preparáis un yugo sin saberlo, la arrojáis como una víctima indefensa y resignada á la merced de un tirano y hacéis posi-

ble su muerte. Vosotros sois su único genio maléfico, porque esas catástrofes que tanto lamentáis sólo han podido turbar algunas veces su reposo, mientras que vuestros acentos fatídicos la matan porque la enervan. Tened piedad de sus males: sin vosotros la veréis avanzarse como un noble combatiente hacia el campo del combate, y la veréis purificada y victoriosa de sus crímenes, de su corrupción, de su fiebre y de sus revoluciones; pero con vuestra presencia, ni hay salud para la sociedad, ni salvación para vosotros; no hay salud para la sociedad, porque la tenéis sin armas en presencia de sus tiranos; no hay salvación para vosotros porque nunca las habéis tenido, y esos que son sus tiranos, van á ser vuestros verdugos.

Y volviéndome hacia los puritanos políticos, les diría:—Hubo un tiempo, y ese tiempo no es tan lejano que no le hayan visto nuestros padres, en que, dominada la sociedad por sangrientos demagogos y por fogosos tribunos, pudo medir con ojos espantados el abismo de las revoluciones. En ese tiempo de triste recordación, la libertad veló su frente, la justicia veló su frente, el crimen paseó las calles públicas. El pueblo creyó ser libre, y se miró con cadenas; creyó nadar en la abundancia, pero los demagogos no le dieron pan, y para saciar su hambre le arrojaron los troncos mutilados de las víctimas. Ese mismo pueblo á quien no dieron pan sus tribunos ni libertad sus demagogos, fué despojado de su Dios por sus demagogos y por sus tribunos. ¿Qué le dieron en cambio? ¿Con qué llenaron ese inmenso vacío? Con la razón humana, que sucumbe si la fe no la sostiene, que desfallece si otra divinidad no la guía; con la razón humana

Flor inodora,  
Estatua muda que la vista admira,  
Y que insensible el corazón no adora.

Ahora bien: ¿tenéis vosotros algo más que ofrecer? No, porque sois unos copiantes sin genio, y la sociedad os rechaza porque la sociedad es una víctima con experiencia. Vosotros, como ellos, no explicáis los males que á la sociedad atormentan

sino por el vicio de sus instituciones, y como ellos también, no encontráis el remedio sino en su absoluta reforma. Vosotros, como ellos, proclamáis la libertad, y como ellos también dais principios á su reinado sofocando la libertad del pensamiento y sujetándolo al yugo de vuestras estériles ideas. ¿No sabéis que el pensamiento es libre como el aire de los campos, inmenso como el mundo, y que no cabe en la estrecha y obscura prisión de vuestras frentes raquílicas? Si vuestro sistema es un plagio, si vosotros os parecéis á los demagogos franceses, sabed que el siglo en que nosotros vivimos no se parece al siglo en que ellos existieron; por eso, si ellos hicieron una revolución, vosotros no podréis componer una revolución con todos vuestros motines: su bandera en vuestras filas se ha convertido en harapo.

Tales son, señores, los dos partidos reaccionarios que me he visto obligado á combatir, porque mi conciencia los rechaza y mi razón los condena. Cada uno de ellos es bastante poderoso para inocular en un pueblo, si no el germen de la muerte porque la sociedad los conoce, el germen de una terrible convulsión ó de una lenta parálisis.

Y si, como sucede con frecuencia, ambos existen en una misma sociedad y á un mismo tiempo, entonces los hombres que, teniendo una cabal inteligencia de la Historia, comprenden los males, sin desesperar por eso del porvenir de las sociedades humanas, se encuentran en una situación bien dolorosa y terrible. Si, por ventura, lamentan el estado febril á que la sociedad se ha visto reducida, y pugnan por volverla á su estado normal y de reposo, uno de estos dos partidos maniacos grita al mundo:—*No hay peligro!*—Y como en un coro discordante, el otro responde:—*No hay remedio.*—Decid al uno que el peligro es inminente, y os *acusará* como á traidores; decid al otro que aún es posible el remedio, y os *compadecerá* como á ilusos visionarios.

Tal es el destino de los que, consagrando su vida al descubrimiento de la verdad, nacieron en mal hora, porque abrieron

sus ojos á la luz para mirar escándalos, para presenciar catástrofes y para medir abismos; pero si combaten incansables en la brecha, el porvenir será suyo, será suya la victoria; porque los abismos se llenan, las catástrofes se suspenden y los escándalos pasan. Sólo es eterna la verdad; sólo es eterna la memoria del varón fuerte que sabe defenderla entre *ruinas*.

## LA LEY ELECTORAL